

Brandt: la «apertura» continúa

El 17 de junio de 1953 hubo un conato de insurrección en Berlín Este. Stalin había muerto en marzo y el partido alemán (Partido Socialista Unificado) de Walter Ulbricht había proclamado una «línea nueva». Algunos creyeron que era el momento de cambiar el régimen y se lanzaron a la calle: hubo manifestaciones, algunas luchas, liberación de presos políticos, pero, finalmente, las fuerzas de la «ley y el orden» dominaron la situación, y el partido regresó a la «línea dura». En Berlín Occidental y en la República Federal se institucionalizó, se convirtió en hito de la guerra fría. Se entronizaron algunas fotografías —los manifestantes, con los puños desnudos o armados de piedras, frente a los tanques— y luego se conmemoró la fecha cada año con un discurso del jefe del gobierno (canciller), que durante los años de la democracia cristiana se compuso siempre de un lírico elogio a los héroes del 17 de junio y de unos elementos agresivos contra la República Democrática de Alemania y contra la Unión Soviética. Pero, ¿qué haría este año el canciller Brandt, socialdemócrata? ¿Cómo compaginaría la evocación con su política de apertura al Este? Se esperaba su discurso y se esperaba también un gran asalto de la oposición aprovechando la zona de desgracia que los partidos gubernamentales parecen atravesar después del resultado negativo de las elecciones en Renania, Westfalia del Norte, Baja Sajonia y el Sarre. Brandt ha sostenido la conmemoración con esta hábil frase: «El efecto electrificante de la revuelta del 17 de junio de 1953 se mezclaba, ya en aquella época, con un sentimiento de impotencia. Ya en aquel momento el deseo de paz era más importante que el deseo de los alemanes de recuperar su unidad nacional»; más tarde, la construcción del muro de Berlín revelaría que no había verdaderas bases políticas para la reunificación. Brandt ha utilizado el recuerdo de aquella violencia para insistir en su política de buscar soluciones sin violencia, de manera que la reunificación sólo puede conseguirse «por modificaciones generales en las relaciones Este-Oeste y por la realización, paso a paso, del orden pacífico europeo». Con estas palabras, Brandt ha asegurado la continuidad de su política de apertura hacia el Este, más vehementemente expresadas por el ministro de Asuntos Exteriores, Scheel, en el calor del debate con la oposición: «El gobierno está absolutamente decidido a proseguir (la apertura) con una energía multiplicada». El debate fue violento. Kiesinger acusó a Brandt de que daba la sensación de «que iba a Moscú a recibir órdenes»; Brandt replicó que no hay comunidad posible «con gentes que insinúan que mi política es una alta traición». El foso entre oposición y gobierno —los mismos grupos que hace poco compartían el poder en la «gran coalición»: Brandt, como ministro de Asuntos Exteriores de Kiesinger, canciller— se ha acrecentado.

Forma parte del proyecto de la democracia cristiana, que ve en las recientes elecciones parciales una repulsa del país hacia la política de Brandt y que ha recibido un nuevo impulso psicológico con la derrota de los laboristas en Gran Bretaña, situación con la que encuentran algún paralelo posible.

Epílogo de un secuestro

En Argelia, los cuarenta presos políticos brasileños cambiados por el embajador alemán relatan las torturas a que fueron sometidos, enseñan sus cicatrices, dan nombres de torturadores, datos, fechas. Su tesis es la de que la irregularidad en la lucha política ha sido introducida por el gobierno brasileño y que el rapto del embajador alemán no es más que la continuación de la batalla en el terreno que ha elegido el poder; lo consideran menos cruento, más humano, que el trato dado a la oposición, del que ellos mismos se ofrecen como testigos y como víctimas. «A finales de 1969 —declara en Argel el liberado Apolonio de Carvalho—, los órganos de represión han sido unificados. Hay doce mil prisioneros políticos en el Brasil, de los cuales diez mil en Sao Paulo. Treinta de nuestros dirigentes revolucionarios han sido asesinados en la cárcel, entre ellos Mario Alves, secretario general del PCBR (Partido Comunista Brasileño Revolucionario), que ha muerto torturado el 16 o el 17 de enero de 1970. Los peores tratos nos han sido infligidos por la policía del ejército, a la que hay que diferenciar de la policía civil». Algunos militares dedicados a la represión son frecuentemente también dirigentes de los famosos «escuadrones de la muerte». El embajador alemán no fue escogido por azar, sino en razón de los fuertes intereses que ligaban al gobierno brasileño con los capitales de Alemania del Oeste. Los pronósticos para el futuro del Brasil son sombríos. «Las clases propietarias brasileñas están demasiado ligadas a los intereses económicos extranjeros, especialmente a los de los americanos, para que sea ya posible la instauración de un régimen de democracia liberal al es-

tilo chileno. No hay ya vía intermedia entre la dictadura y la revolución».

El triángulo jordano

Mientras el Rey Hussein asistía, en Libia, a las ceremonias de la liberación de lo que fue base americana de Wheelus, reintegrada al territorio nacional por el gobierno revolucionario, la situación seguía siendo tensa en Amman. Los tanques del ejército real jordano se mantenían en guardia, fuera de la ciudad, dispuestos a intervenir en caso de levantamiento de los guerrilleros. No consideran éstos que las destituciones de elementos contrarrevolucionarios en el ejército sea suficiente, ni siquiera efectiva; pretenden que se llegue a la disolución de las «tropas especiales» que constituyeron la Legión Árabe —creadas por los ingleses, organizadas por el émulo de Lawrence que fue Glubb Pachá—, que son tradicionalmente afectas a la persona del Rey, sea cual sea la política de éste. Por otra parte, importantes facciones del ejército real están descontentas con las recientes destituciones. Hussein ha dicho que el ejército «está colérico», y ha rendido homenaje al mismo tiempo a estos oficiales, a los que fueron destituidos para apaciguar a los guerrilleros, y a estos mismos «guerrilleros honestos», especialmente a los que no se salen de las instrucciones de la OLP (Organización de Liberación de Palestina) y Al Fatah, excluyendo de esta forma a los que considera extremistas. La moderación sí que siendo la política esencial de Al Fatah, cuyo jefe Arafat ha vuelto a condenar el «aventurismo» y a los «impacientes», a los que ha aplicado una metáfora oriental: «Son como aquellos que obligan a sus hijos a que caminen antes de que sus músculos y sus huesos estén formados suficientemente para mantenerlos. Si el niño llega a caminar antes de su tiempo, sus piernas se curvan y se deforman». El doctor Habach, jefe del FPLP (Frente Popular para la Liberación de Palestina) representa a esos «impacientes», y su popularidad no ha cesado de aumentar desde los movimientos que obligaron a Hussein a pactar con los guerrilleros: Habach no está

satisfecho con la situación y ha pronunciado estas palabras que contienen una amenaza concreta: «Me temo que nos veamos obligados a insistir». Reclama la disolución de las «fuerzas especiales» y sostiene lo siguiente: «Creo solamente en la guerra popular y en ninguna otra estrategia contra Israel».

HA MUERTO SUKARNO

Un soñador para un pueblo

Sería necesario un gran espacio para enumerar los títulos que ostentó Sukarno en la cúspide de su poder: Honorable doctor Ingeniero Hachi Raden Sukarno, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, presidente del Consejo Supremo, administrador en jefe de la Guerra, jefe supremo del Frente Nacional, jefe de la Policía del Estado, jefe supremo del Clero de toda Indonesia, primer Presidente de la República de Indonesia, único intérprete de la Revolución, mandatario del Congreso Provisional del Pueblo, depositario de los sufrimientos del pueblo... Todos los títulos los perdió en marzo de 1967, cuando los militares proamericanos dieron su golpe de Estado; se convirtió en un prisionero en su casa, de donde no salió más que para ir al Hospital Militar, donde acaba de fallecer (diagnóstico: hipertensión como consecuencia de una afección renal).

Fue un gran conductor de masas. «Un estremecimiento me recorrió —escribió— cuando descubrí por primera vez que yo encarnaba una especie de poder que podía agitar las masas». Y también: «No viví más que para agitar a las masas hasta que el vino de la inspiración las marease». «Soy un hombre del pueblo; necesito ver los hombres, escucharlos, rozarme con ellos. Nunca he sido tan feliz como cuando me encuentro entre ellos. Representan mi pan cotidiano. Me alimento de masas». Expresaba una verdad objetiva. La capacidad de arrastre de Sukarno creó un país de cien millones de habitantes donde antes sólo había una anarquía en tres mil islas, un yugo colonial, un infinito lingüístico, una multiplicidad de religiones, de razas, de intereses diversos. Por la fuerza de Sukarno nació Indonesia. Su primera lucha fue contra los holandeses, en 1926, cuando tenía veintisiete años (había nacido en Java el 6 de junio de 1901), y consiguió ya entonces fundir en una organización las mil tendencias nacionalistas: una organización que, sin duda, copió del Partido del Congreso, de la India. Los holandeses le encarcelaron numerosas veces; hubo de exiliarse, pero no cesó en su actividad. En 1942, cuando los japoneses invadieron la isla, Sukarno pactó con ellos. Esta actitud ha sido muy frecuente en el «tercer mundo»: numerosos nacionalistas asiáticos buscaron acuerdos con el Japón, como otros, hispanoamericanos, árabes o africanos, la buscaron con Alemania, con el fin de sacudirse de esta forma a sus antiguos colonos. Al perder la guerra el Japón, los holandeses le acusaron de colaboracionista para minar su personalidad, pero los grupos nacionalistas continuaron



Los cuarenta presos políticos, precio del embajador alemán. Llegaron a Argel y relataron las torturas a que habían sido sometidos.

apoyándole; recuperó la supremacía de las fuerzas políticas en 1947 y consiguió la independencia de Indonesia en 1949.

La República de Indonesia nació sobre los «Cinco principios» de Sukarno: «Fe en Dios, amor a la Humanidad, nacionalismo, democracia, justicia social». En 1957, numerosos indonesios dudaron de la democracia de Sukarno, pero su insurrección fue dominada. Sukarno estableció una dictadura, apoyado



Sukarno

por los militares; fue anticomunista, pretextando que el partido comunista de Aidit se orientaba hacia China. En 1963 se proclamó Presidente a perpetuidad, y la guerra contra Malasia —fruto imperial británico— le proporcionó una reconciliación con los comunistas, sobre la base de que se trataba de una operación contra lo que denominó neocolonialismo.

Pero el gran sueño de Sukarno fue también su perdición. La relativa facilidad con que había conseguido unificar Indonesia le hizo pensar que podría unificar el «Tercer Mundo». Fue —con Tito, Nehru y Nasser— el creador de la unidad de las naciones desposeídas, del «neutralismo positivo»; todo ello lo hizo caujar —tras las conferencias preliminares preparatorias de El Cairo y de Conakry— en la conferencia de Bandung, en la propia Indonesia, en 1961; fue el momento culminante del neutralismo y también fue el principio del fin. Sukarno se enfrentó con toda la potencia del mundo occidental sin llegar a tener la confianza del mundo comunista. El «neutralismo» apareció como un sueño y Sukarno quiso realizarlo, ya de una manera desesperada, cuando en 1965 se retiró de las Naciones Unidas para intentar la fundación de lo que debía llamarse UNNEFO, o Naciones Unidas para las Nuevas Fuerzas Emergentes, a la que se dio el sobrenombre de «ONU de los pobres». En los Estados Unidos preocupó gravemente esta acción en el momento de su prueba de fuerza en Vietnam; en la Unión Soviética inquietó la posibilidad de una unión con China, y los militares indonesios temieron la nueva fuerza del comunismo. Entre tanto, la situación económica del país se degradaba. «Nunca he pensado en cosas tan pro-

saicas como el dinero; sólo aquellos que no están abrasados por el fuego del nacionalismo pueden pensar en cosas tan fútiles», decía, pero tales cosas fútiles preocupaban mucho a quienes le rodeaban. El propio Sukarno no llevaba una vida especialmente austera. Su biógrafo, Luis Fisher, le ha descrito así: «Es un gran enamorado; ama su país, su pueblo, el arte; por encima de todo, se ama a sí mismo. Son amores caros. El tesoro se iba por todos ellos. Las fundaciones de Sukarno eran fantásticas. Llegó a crear un Centro de Salud Espacial, en Yakarta, donde se debía «examinar la salud de los futuros astronautas indonesios».

Así sobrevino el golpe de Estado. Con el pretexto de desmontar un supuesto golpe comunista, se asesinó a 500.000 personas en todo el país. Sukarno quiso maniobrar, y lo consiguió durante mucho tiempo: los sublevados no querían privarse del prestigio mítico de Sukarno, y Sukarno no quería abandonar la última posibilidad de poder. La extraña situación duró más de un año, hasta que, finalmente, el apoyo al fundador de Indonesia no era ya necesario y fue detenido en su casa.

Sukarno ha dejado escrito el epitafio que quiere que se ponga en su propia tumba: «Aquí yace Bung Karno —bung, hermano; así le llamaba el pueblo, que también le llamó «bapak», padre—, portavoz del pueblo indonesio». Pero hacía ya tres años que su voz había dejado de oírse. ■ E. HARO TECGLÉN.

Coloquio sobre las Asociaciones de Acción Política

La otra tarde, cuando asistía en el gran salón del Círculo de la Unión Mercantil al coloquio sobre Asociaciones de Acción Política, pensaba en los españoles que viven en lo que suele denominarse «provincias» y no podía por menos que compadecerles. ¡Infelices! ¿Cómo pueden estos súbditos seguir viviendo —me preguntaba— sin presenciar las maravillas que se nos ofrecen a los afortunados habitantes de la Corte?

Alguna vez he descrito en estas páginas para mis lectores el salón barroco del Círculo de la Unión Mercantil. ¿Necesito volver a ponderar las soberbias arañas que cuelgan de su techo, las sedas y damascos que enriquecen sus paredes, los espejos y cornucopias que de ellas penden o la dieciochesca filigrana de la ornamentación, en blanco y oro, de su paramento? En este salón, tan a propósito para albergar los ringorranos del florido verbo castelano, se celebró la otra tarde, miércoles 17, el coloquio que se anunciaba con el título de «Posibilidades del Anteproyecto de Asociaciones de Acción Política». El acto había sido organizado por el Centro de Estudios de Problemas Contemporáneos, institución que preside, si se emplea el adjetivo en su acepción anglosajona, el agresivo abogado señor Gavilanes, y que, en los últimos tiempos, nos ha deparado tardes inolvidables en los diversos campos de la cultura, el arte o la política.

Tomaban parte en este coloquio, y se sometían a las preguntas de los asistentes, cuatro hombres públicos de lo más escogido de la vertiente «inside the system». Por orden alfabético: don Alberto Ballarín Marcial, procurador en Cortes por Huesca y consejero nacional del Movimiento; don Manuel Cantarero del Cas-

ECONOMÍA ESPAÑOLA

Sobre la reforma agraria

Como se habrá observado, en las últimas semanas se vienen produciendo, de nuevo, determinadas declaraciones generales en torno a la problemática del sector agrario español, partiendo, la mayor parte de las mismas de un punto común: la reforma agraria ha dejado de ser una necesidad imperante para el proceso de desarrollo y democratización de la sociedad española, o, con otras palabras, frente a las permanentes reivindicaciones de «reforma» o «transformación», se trata de hacer prevalecer, en la actualidad, meros objetivos de «modernización» o «adaptación» a políticas agrarias «de corte europeo».

Pues bien, ante la insistencia con que en determinados núcleos de opinión se vienen sosteniendo propuestas semejantes, creemos oportuno ofrecer a nuestros lectores, de forma necesariamente esquemática, algunos puntos resumitivos del «estado actual de la cuestión», conscientes, en cualquier caso, de las limitaciones que conllevan exposiciones de este tipo, y conscientes, al mismo tiempo, de la necesidad de someter a una continua revisión crítica cualquier formulación de cambio que pretenda tener validez en una sociedad que viene caracterizándose, a lo largo de los últimos años, por un fuerte crecimiento de las fuerzas productivas y, en algunos ámbitos, por una nueva dinámica en las relaciones sociales imperantes.

1.º) Frente a la posición conservadora que sostiene que la reforma agraria se ha hecho innecesaria en virtud del propio proceso del crecimiento capitalista, hay que afirmar que una transformación radical de las estructuras agrarias españolas —dentro de una alternativa global al sistema— no sólo no ha perdido vigencia como reivindicación esencial de todas las fuerzas democráticas, sino que se afianza como una necesidad ineludible de un desarrollo económico al servicio de la comunidad. Los cambios y modificaciones que hoy se están produciendo debido únicamente a las exigencias del mercado —y especialmente de la demanda—, carecen de racionalidad e implican unos costes sociales enormemente significativos.

2.º) Si es cierto que la reforma agraria sigue revistiendo una imperiosa necesidad, no lo es menos el que, dado los cambios que se han producido en los últimos años en la economía española, la misma ha de adecuarse a estas nuevas circunstancias. En esencia, puede decirse que el paso por la pequeña propiedad familiar, que ha constituido el modelo tradicional en los procesos de reforma agraria, carece hoy de sentido.

3.º) Los cambios de mayor trascendencia que se vienen generando —y que se constituyen en factores desencadenantes de la crisis agrícola— son, de un lado, las variaciones que se operan en la composición de la demanda de productos alimenticios y, de otro, los cambios que se producen en la estructura de la población activa y de los salarios en el campo, alterando, definitivamente, el precario equilibrio sobre el que se había sostenido durante muchos años la agricultura tradicional; mano de obra excedentaria, mercado interior compartimentado y escasamente diversificado (cereales, leguminosas, etcétera), bajos salarios, sistema de precios orientado a la producción de productos inferiores, régimen de propiedad resultado de la descomposición del modo de producción feudal, etcétera, etcétera.

4.º) No es superfluo insistir, una vez más, en que lo que tiene de indeseable el latifundio no es su extensión, sino el régimen de propiedad y las relaciones sociales y formas de producción que se derivan del mismo. De otra parte, la función que desempeñaría la posible parcelación de los latifundios, en cuanto a asentamiento de una población agrícola mayoritaria, sólo tendría hoy sentido, en última instancia, en un número muy reducido de casos.

5.º) La pequeña propiedad parcelaria, tan arraigada en muchas regiones del país, sumida en un proceso de crisis irreversible, seguirá expulsando capital y trabajo, aun cuando la política agrícola —prestada por los intereses tradicionales— se aferre al mantenimiento de altos precios de sostenimiento, que repercuten sobre el nivel de vida de la mayor parte de los consumidores.

6.º) Una orientación de tipo colectivista, inserta en una vieja tradición progresista española, sobre una base de grandes explotaciones rentables, propiedad de los trabajadores, organizadas y administradas colectivamente, se impone como sustitución racional de la actual estructura latifundista de una gran parte del campo español. Asimismo, habrá de llegarse a soluciones similares en el ámbito de la pequeña propiedad, a través de la concentración parcelaria y de muy diversas formas de cooperación, que habrán de determinarse atendiendo a las peculiaridades de cada región o comarca agrícola y según los diferentes sistemas de cultivo. En ambos casos, el camino de las soluciones democráticas coincide con el de una mayor eficacia y racionalidad económica.

7.º) La reforma agraria carecerá de sentido a menos de que se inscriba en el contexto de una transformación global de la sociedad actual. La reforma agraria —resultado de una elaboración colectiva y democrática— no puede considerarse independiente, por ejemplo, de la reforma del sistema financiero, de la reforma del sistema fiscal, etcétera, etcétera, y, sobre todo, de la reforma urbana, la cual, en los momentos actuales, adquiere una decisiva importancia. ■ ARTURO LOPEZ MUÑOZ.